

# LUCIO ANNEO SÉNECA

## (Libreto para una ópera de cámara)\*

Carlos Thiebaut

### Personajes:

Séneca, viejo en las escenas primera, tercera y quinta. Séneca joven, en la segunda, y maduro, en la cuarta. Paulina, su mujer, en la primera, tercera y quinta. Marcia, una prostituta, en la segunda. Julia, sobrina del César, en la cuarta. Un mensajero y un marinero, en la tercera y en la cuarta, respectivamente.

### Trama:

Es la noche de la muerte de Séneca, que recibe la orden de Nerón de acabar con su vida, pues el Emperador no podía ya sufrir los reproches de su antiguo maestro. Esa noche Séneca se encuentra acompañado por Paulina, mucho más joven que él. Hay dos momentos, la segunda y cuarta escenas, en las que Séneca recuerda dos relaciones amorosas de su vida: una, con una prostituta de Alejandría, y otra con la sobrina del César. La primera tiene lugar en el burdel y la segunda en el puerto de Ostia. Ambas escenas son dos despedidas, como lo es, también, la última, en la que Séneca se suicida y se despide de Paulina. El

\* Este libreto fue escrito, entre México, D. F., Tepotzlán y Vilardebó, para la compositora Marcela Rodríguez.

hilo de la obra es la relación entre el tiempo, el deseo y la inutilidad de las palabras, o la necesidad del silencio una vez que sabemos que nada, sino tiempo, poseemos. Ese hilo está marcado, a todo lo largo del texto, por la última carta que Séneca le escribe a su discípulo Lucilio.

Dinámica interna de la obra:

La escena primera es una introducción al tema, donde se plantean o apuntan las cuestiones. Las relaciones entre Séneca y Paulina son distantes, algo superficiales. Esas relaciones se van modificando en las escenas tercera (con un cierto carácter de interludio) y quinta. Sólo en ésta la figura de Paulina adquiere, con el mensaje del silencio, toda su plenitud. Las relaciones de Séneca con Marcia, la prostituta, en la segunda escena, y con Julia, la sobrina del César, en la cuarta, son simétricas e inversas. Séneca no parece entender a Marcia, y la abandona. Julia entiende a Séneca, pero no quiere encadenarse a su exilio, dando su relación por concluida.

El mensajero, en la escena tercera, y el marinero, en la cuarta, tienen papeles diversos, también simétricos: el mensajero es una imposición externa, la orden del César, que tiene un papel de breve contrapunto dramático, de exigencia; el marinero es, en la cuarta, un contrapunto irónico o satírico, negándole sublimidad a la despedida. Esa pérdida de sublimidad se recoge en la última escena, en la que Séneca rehúye el dramatismo y en la que Paulina —a diferencia de lo que sucedía en la tercera— es una figura serena, lejos del patetismo.

## LUCIO ANNEO SÉNECA

### ESCENA PRIMERA

Séneca, viejo, en su casa de Roma. Paulina, su joven esposa. Atardecer. Una sala con una mesa de escribir. Una bañera al fondo, que se irá iluminando a lo largo de la obra. También una clepsidra. Es la noche en que Séneca recibirá la orden de suicidio, bajo la acusación de haber conspirado contra Nerón.

---

Carlos Thiebaut (Madrid, 1949) es profesor de filosofía en la Universidad Carlos III de Madrid. Autor de *Cabe Aristóteles* (1989), *Historia del nombrar* (1990) y *Los límites de la comunidad* (1994); coautor de *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas* (1996).

Paulina:

Apresúrate, Séneca, que oscurece.  
Llegará el mensajero anunciado de Nerón  
para reclamar tu presencia,  
y no habrá tiempo.  
Viene fría la noche,  
cúbrete con este manto.

Séneca:

Calla, Paulina, tengo cosas más urgentes.  
Esta carta a Lucilio,  
tal vez la última.  
He de decirlo todo: mi último consejo.

P (aparte):

Consejos del mal consejero de sí mismo.

(a él)

Te afanas con tus escritos todo el día,  
¿también esta noche?  
¿No sabes que has de preparar tu defensa  
y rendir cuentas al César de tu audacia?  
¡Querer moralizar a Nerón!  
¡Querer pensar por sí en Roma en estos tiempos!  
Apresúrate, que ya no hay tiempo:  
deja, Séneca, la carta.

S (escribiendo):

«A Lucilio, salud.»

(aparte)

¿Qué le diré? ¿Cuál es la palabra?

P:

Nunca te faltaron palabras:  
siempre excesivas, muchas desatinadas:  
el pavimento de tu condena.

¡La palabra no detendrá el momento!  
Está hecha, ella misma, de tiempo.

S:

¿Cómo decirle a Lucilio que sus ansias  
o se tornan en saber o le desharán el alma?

(escribe)

«Te escribo, Lucilio, mi última carta.  
Ya no te daré consejos,  
sólo una última palabra.»

P:

Llegará el mensajero  
¡y él enredándose en una carta!

S:

¿Qué le diré?  
Recuerdo una noche en Alejandría.  
Yo era joven. Ella se llamaba Marcia.

P:

¿De qué te valen los recuerdos?  
Las palabras no congelarán el tiempo.  
La memoria no detendrá la espada.

## ESCENA SEGUNDA

Alejandría. Séneca joven. Marcia, una madura prostituta. Un dormitorio. Ambos en la cama, hacen el amor. Al acabar, Séneca se levanta rápidamente, inquieto.

M:

¿Qué te sucede?  
¿De qué te inquietas?  
¿Tienes prisa acaso?

¿No es nuestra toda la noche,  
como ayer, como mañana?

S:

Calla. Nada sabes.

Esta noche se fue. Ya no hay tiempo.

De niño me llevaron de Córdoba a Roma;

de Roma, me trajeron a Egipto.

Córdoba y Alejandría, oeste y este,

dos provincias, dos destierros.

Aquí aprendí lo que no me enseñaron.

Pero, mañana tomo en mis manos mi vida.

Regreso a Roma: ¡de nuevo el foro!

¡El fulgor cálido de las palabras!

M:

¿A Roma? ¿Tanta es tu prisa?

¡Con razón urdías tu pasión

como si fuera la última!

¿Por qué no me lo hablaste?

Habría preparado mi despedida.

S (con arrogancia de jovencuelo):

¡Qué importa! Hoy aquí, mañana

te hallaré en Roma. ¿No dicen

que allí conducen todos los burdeles?

Allí se deshacen los lechos

con más maña y menos exigencia.

M:

¿A qué viene escupirme tu despecho?

Sé que he sido para ti, en estos días,

más que tu puta iniciadora:

hallaste en mí la pasión desconocida.

Yo te desnudé y, por vez primera,

te miraste en el espejo de mi cuerpo.

¿No te gusta, acaso, lo que has visto?

¿Tanto te temes, Séneca?

(Séneca se levanta, inquieto.)

S:

Calla, Marcia. Como siempre,  
¡un exceso de palabras!  
Como todos, siempre, quejas.  
Por fin, mañana, a Roma.  
A los mil ruidos del foro  
donde tejeré mi futuro y mi destino.  
¿A qué vienen tus reproches?  
Has tenido mis monedas,  
y más de un placer te dio mi cuerpo.  
No pidas más, nada me exijas.

M (enfadada):

¡Te hacía a la altura de las ansias de tu cuerpo!  
Nada requiero, ni siquiera la mentira  
de un prometido recuerdo.  
Huyes de ti mismo,  
de tu imagen en mi abismo.  
Por tres veces esta noche  
me penetraron tus abrazos;  
pero callabas –no hallé tu voz,  
sólo el escudo bruñido del cuerpo,  
frío y helado como un espejo.

S:

¡Calla! ¡Tu exceso de palabras!

## ESCENA SEGUNDA

(Séneca y Marcia simultanean lo siguiente):

M:

Habrás tenido mis pechos,  
pero se te escapó mi anhelo.  
Tendrías mis cabellos,  
pero te eludieron mis sueños.  
Perdiste mi cuerpo abierto,  
con él, el lapso del tiempo.

S:

¡Palabras de puta ajada!  
¡Lamentos de puta vieja!  
Yo nada te prometía,  
ni siquiera mi recuerdo.  
¿Es que no te di, acaso,  
mis monedas y mi cuerpo?

(Séneca, que se ha ido poniendo su túnica, sale como huyendo. Marcia queda sentada en la cama, mientras la escena se oscurece.)

### ESCENA TERCERA

De nuevo, Roma. La misma escena que la primera. Séneca viejo con Paulina. Un mensajero de Nerón.

(Llaman al portón. Paulina sale y regresa acompañada de un mensajero. Mientras, Séneca escribe.)

S (escribiendo):

«Lucilio, lo que tienes  
no es aquello que posees  
y que es ornato en tu pecho.  
No son tus cargos, tu hacienda.»

P:

Apresúrate, no hay tiempo.  
Está aquí el mensajero del César.

Mensajero:

Lucio Anneo Séneca,  
por tu exceso de palabras,  
el César te requiere  
a que al amanecer, por tu mano o por mi espada,  
calles en el eterno silencio.

S:

¡Silencio!  
¡Generoso ese estúpido, vacío jovenzuelo!

¡Aún me deja elegir!  
No merece mi atención  
ni interrumpirá mi consuelo.

P:

¡No! La muerte...  
No esperaba tal condena...

S (escribe):

«Lucilio, el deseo es la materia del tiempo.  
Las cosas, objetos, amores,  
no fabrican el deseo.»

P (nerviosa):

¿Qué dices? ¿Qué haremos?  
¿Qué le respondes al mensajero?

S:

¡Déjales!  
¡Ruidos del foro, voces del viento!  
Tenemos toda la noche.

M (imperativo):

Al amanecer he de dar respuesta.  
Aguardo tu decisión.

S:

¡Silencio! Séneca cumplirá su hora  
marcando él su momento.

P (aterrada):

¡Séneca cumplirá su hora!  
¡Marcará él su momento!  
¿De qué valieron mis consejos?  
Todo está dicho; quedan sólo los hechos.

S (escribe):

«Lucilio, a veces por poseer  
desperdiciamos el tiempo»

(se detiene)

«Lucilio, no cumplimos nuestra vida  
apropiando, poseyendo;  
así empequeñece el deseo.»

P (destrozada, comienza ensimismada y se dirige, luego, a Séneca):

Séneca cumplirá su hora,  
marcando él su momento...  
¿A qué te llevan las palabras,  
cuando se tornan en gestos?  
¿De qué valen los escritos  
cuando se te agota el tiempo?  
¿Para qué tanto escribir  
si ya te llegó el momento?

S (a lo suyo, ensimismado):

No entendí, de Marcia, que el deseo se hace de tiempo.  
Ni luego aprendí, de Julia, que el tiempo es desasimiento:  
saber gozar no esperando  
saber tener no teniendo.

P (con un cierto tono de recriminación):

Ni aprendiste de Paulina  
que las palabras no alcanzan  
a detener el tiempo  
que se escurre entre los dedos;  
que sólo a él lo tenemos.

M (sacando la espada y poniéndola en la mesa en la que Séneca  
escribe):

Lucio Anneo Séneca:  
La noche avanza.  
Aquí está mi espada.

S (ensimismado en su recuerdo, repite):

No aprendí de Julia que el tiempo es desasimiento.

P (señalando a la clepsidra, cuyas gotas se dejan oír):

Ni has aprendido, Séneca,  
que ninguna palabra  
detendrá la última gota  
que marca, que hiera, y que mata.

(La escena se oscurece. Los personajes parecen detenidos, dando paso a la siguiente escena: también un recuerdo de Séneca.)

## ESCENA CUARTA

El puerto de Roma, en Ostia. Séneca maduro, ya algo calvo. Julia, sobrina del emperador Claudio, que es, que ha sido, amante de Séneca. Hay equipaje pues Séneca ha sido condenado al exilio por esos amores. Un marinero, que se afana con los aparejos de un barco, siempre marcando distancias, burlándose de los dos.

S (inquieto):

¿Vendrá Julia? ¿Recibiría mi carta?  
... Si pudiéramos convertir este exilio  
en huida a un paraíso: no a Córcega, ¡a Córdoba!  
¡qué vana entonces la orden del César!

Marinero:

¿Cuándo zarpamos, patrón?  
Está alta la marea  
y Córcega lejos.  
¿A qué espera?  
Nada dejamos atrás;  
nada echaremos de menos.

S:

Tal vez no iremos a Córcega.  
Quizá a España.  
Las riberas de Córdoba  
amarillearán en estío  
y calentarán, entre amores,  
el frío del destierro.

(entra Julia, apresurada)

J:

¡Séneca! Recibí tu mensaje,  
pero...

S (la interrumpe):

¡Julia! ¿Vendrás conmigo?  
¿Engañaremos el exilio?  
¿Tendrás coraje para huir  
a donde nos amemos sin velos?  
¿Acaso un César  
puede atezar el deseo?

M (aparte):

¿Órdenes de arriba, pues?  
No sabía que era noble el equipaje:  
pero, al cabo, sólo un fardo.  
¿A qué viene tanto escándalo?

J (a Séneca):

Marcha solo; no protestes.  
¿No conoces tu destino?  
Ni Roma tolera amores  
ni un filósofo poseerá  
a la sobrina del César.

M:

¡Y más noble la señora!  
Pero, al cabo, como todas.  
¿A qué viene tanto escándalo?

S:

¡No! No puedo...  
No quiero perder nada  
de lo que en ti he descubierto.

J:

Tú mismo me enseñabas  
lo inútil de los lamentos.  
No lamentos, no gimas.  
Deja que huya el tiempo.  
Serás huella que no se borra,  
no la fragilidad de un recuerdo.

M (haciendo gestos obscenos):

¿Que no recordarás?  
¿olvidarás cómo hacerlo?  
Mete y saca, saca y mete:  
¡tú dejale hacer al cuerpo!

S:

Pero, ¿entonces?  
¿Fue tan frágil nuestro encuentro?

J:

Embarca. Mientras te tuve  
gozamos aquel momento.  
Arate tu destino, amor,  
pero no me hieles, como piedra,  
en tu pasado y tu recuerdo.  
Yo soy presente: tengo mi tiempo,  
él es mi exilio y mi naufragio.  
No soy sombra de tus sueños.  
El tiempo es desasimiento.

S (mientras ella le ha despedido, con un beso):

¡Derrotado!  
César manda,  
amor vencido;  
poder reclama,  
amor marchito.  
Dame una prenda:  
tu velo,  
que tape mi alma  
con un recuerdo.

Marinero (aparte):

Venga, venga: ¡siempre igual!  
Nunca saben despedirse:  
siempre lloros, siempre llantos.  
¡Como si el mar fuera infinito!

(Lo que sigue se alterna, línea a línea.)

C:

No fío el amor a la memoria,  
ni lo fío a la fragilidad de tu recuerdo.  
El amor cumplió, cumplidamente, el tiempo.  
Construimos con el barro de los besos  
una figura alada que levantó su vuelo.  
No lamentos el exilio y la partida:  
el amor cumplió, cumplidamente, el tiempo.

S:

La partida palidecerá el recuerdo.  
Sólo queda la llaga de tu rostro  
que se desgranará deshaciéndose en el tiempo.  
Nada me deja el anhelo de tu cuerpo:  
sólo ausencia, y pérdida y desvelo.  
Me hieren el exilio y la partida:  
tu rostro se desvanecerá en el tiempo.

(El marinero ha ido contrapunteando la anterior despedida con lo siguiente, con algo de despecho socarrón; o bien el marinero lo dice después del anterior dúo.)

M:

Mi parienta  
se lamenta  
de lo largo del viaje;  
lo que mi parienta  
no sabe  
es que a otros puertos,  
otros lechos:

¡Que sea lento el regreso  
y ligero el equipaje!

(Los personajes quedan quietos. La escena se oscurece.)

## ESCENA QUINTA

De nuevo, Roma. Séneca y Paulina. La bañera está ya muy iluminada. La clepsidra, ya más lenta, marca con claridad el transcurso de la escena.

S (escribe):

«Lucilio, no sabemos cómo,  
pero se nos cumple el tiempo.»

P (muy bajo, con amor):

Ya amanece. ¿Qué harás, Séneca?

(ensoñando, recordando)

¿Recuerdas cuando en el campo  
cosechábamos el vino?

Hacía calor.

Los esclavos cantaban,  
tú, en silencio...

¡Que aquella higuera  
diera sombra a un paraíso  
y que yo no lo supiera!

S (La mira):

¡Qué poco estuve contigo!

P:

A la vuelta de tu exilio...

S:

No había pasión en mi cuerpo,  
venía cansado, herido  
de las distancias

P:

Calla tú ahora. Tú qué sabes.  
Hubo cuidado.  
La cosecha de las viñas,  
los silencios que decían.

S:

No recuerdes, nada vale.  
Entibiece la bañera.  
Prepara los estiletes.

P:

¿Ya? ¿Estás seguro?  
¿Ya no hay tiempo?  
¡Figuras terribles de ver,  
la muerte y el acabamiento!  
Demos, pues, paso al silencio.

S:

Hagamos paso al silencio.

P (indicando a la clepsidra):

El silencio. ¡Tantas veces  
te lo pedí para que siguieras viviendo!  
Ahora el silencio te doy.  
Las gotas de la clepsidra,  
para que en él te ahogues,  
han llenado un mar de silencio.

(Séneca y Paulina simultanean lo que sigue):

P:

Su sangre teñirá el agua,  
su vida se desleirá en silencio.  
Todas las palabras  
han de resumirse en un hecho,  
y el mago de las palabras

doma el destino  
agarrándole el cabello.  
Dejemos, tras las palabras,  
que diga el tiempo el silencio.

S:

De Marcia aprendí  
que al deseo lo hace el tiempo.  
Supe por Julia  
que el tiempo es desasimiento.  
Tú, Paulina, me enseñaste  
que ni siquiera las palabras  
detienen este momento  
que se escurre entre los dedos:  
que sólo tiempo tenemos.

S (escribe):

«Esta es, Lucilio, mi última palabra:  
SÓLO ES NUESTRO EL TIEMPO,  
TODO NOS ES AJENO.  
Vale.»

(Se levanta. En silencio, besa levemente a Paulina. Se dirige a la bañera, desvistiéndose. Se corre un velo sobre él. Mientras, Paulina dice lo siguiente, y todo se va oscureciendo.)

P:

Yo era Marcia,  
yo era Julia.  
Todo lo que has sabido,  
nosotras lo fuimos diciendo:  
es breve el viaje,  
y sólo de tiempo  
es nuestro equipaje.  
Y dice el tiempo «silencio»,  
y el silencio dice «tiempo»  
y todo nos es ajeno.

FIN